

CAPÍTULO II

FUGA DE CALVINO

En noviembre de 1533 leyó Cop en la Universidad el discurso de apertura inspirado por Calvino y á los pocos días inspirador y leyente andaban por los alrededores de Paris á salto de mata en demanda presurosa de asilo seguro á su pensamiento y á su existencia. En una fría mañana, entoldado el cielo de la triste capital de Europa, plomizas las aguas del verdi-negro Sena, embarrado el suelo de los campos, Calvino miraba el sitio donde creyó encontrar á su ánimo reposo y á su actividad ejercicio con todas las señales de un gran dolor contenido, á pesar de su intensidad, en los límites de la templanza. El Mediodía le llamó con sus horizontes, con su calor, con su vida, y al Mediodía se dirigió con la misma confianza en su destino y en su Dios, que un ave viajera á la hora de sus emigraciones periódicas. Solitario castillo cercano á Mantes, habitacion de un su antiguo compañero, sirvióle algunos días de transitorio refugio mientras maduraba sus resoluciones y emprendía sus viajes. Llamábanle, pues, las tierras meridionales, y á las tierras meridionales enderezó peregrino y errante sus inciertos pasos. Así pudo recorrer aquellas plácidas tierras de la Turena serpenteadas por las aguas del caudaloso Loira y cubiertas de colinas donde los viñedos y los álamos desprendían como lluvia de oro á la sazón, las amarillas hojas del otoño arrancadas por los primeros cierzos del invierno.

Por fin llegó á la pintoresca ciudad de Angulema, en cuyas calles todavía se conmemoran hoy los instantes de tiempos pasados y las huellas por el

espacio dejadas en aquella ocasion solemnísima por este hombre inmortal. Ya hemos dicho mas de una vez cómo el afecto en la vida del reformador predominante y casi exclusivo era la pasión por sus camaradas de colegio ó universidad, pasión que estos solían pagar con recíproco y exaltado cariño. No faltaban en la ciudad miembros de esta familia espiritual. Residían allí los Tillets que le acogieron con grande amor. Poseían estos sabios hermoso palacio en el centro de la ciudad y en este palacio guardaban una de las mas ricas bibliotecas que podían reunirse por aquellos tiempos en que aun no había llegado á su primer centenario la imprenta. Nada mas útil que asilo así para espíritu tan eminente como el espíritu de aquel hombre llamado por Dios á fundar una nueva Iglesia.

La concentracion de facultades y la reflexion continua predominaban con grande predominio en la mente de Calvino. Para salir de su interior y lanzarse al apostolado y á la predicacion había menester de un grandísimo esfuerzo, bien al contrario de aquel Lutero, quien forjado por Dios para la difusion de las ideas, aun no había concebido una cuando ya la irradiaba sobre sus contemporáneos con ese ardor de sentimiento y esa claridad de expresion que componen las lenguas de fuego enviadas por el Espíritu Santo al cenáculo de sus apóstoles. Calvino, en aquella biblioteca encerrado, con el día entero á su arbitrio, en el comercio continuo con las grandes obras y con los grandes hombres, dado á la lectura y á la meditacion, en paz completa para el ejercicio continuo de sus profundas reflexiones, hallábase allí, en aquel retiro, especie de prision dorada, como en el verdadero centro de su alma. Una frase feliz suya, guardada religiosamente por la historia, nos descubre y revela todos los pliegues y repliegues de su carácter psicológico: «Nunca me creo tan acompañado como en la soledad.»

Necesitábanse muchos impulsos externos para convertir aquel jóven tímido como una paloma en águila caudal. Mientras la guerra por todas partes ardía y los huracanes de las grandes pasiones sociales soplaban desde los cuatro puntos del horizonte y vacilaban los Estados como naves zozobrantés y surgían los reveladores y los profetas como en las horas mas apocalípticas del Universo, y el Vaticano se bamboleaba y los Emperadores y los Reyes corrían por el mundo como en aquellas visiones de Patmos destilando sangre

de las crines de sus caballos de guerra, y los Monasterios luchaban con las Universidades y las Universidades con los Parlamentos en conflictos sin tregua; delirante Italia con la embriaguez de su propio genio, desgarrada Francia por aspiraciones contrarias, encendida Suiza en llamaradas proféticas, hecha un volcan de ideas nuevas Alemania, sosteniendo España con una mano el Viejo Mundo de la Iglesia, mientras con la otra entregaba á la sociedad por venir el Nuevo Mundo de la Naturaleza, parecia imposible que fuese por la Providencia destinado á fundar el símbolo y la Iglesia de la venidera democracia el estudiante tímido encerrado en las cuatro paredes de una Biblioteca sin ninguna inspiracion para el combate, mas bien contemplativo y místico cual cumple á quien tiene ministerio de paz, que guerreador cual cumple á quien tiene ministerio de apostolado y propaganda.

Sin embargo, como cada hombre tiene sus facultades en proporcion al destino que ha de cumplir en la sociedad, á la manera que cada organismo tiene los órganos en proporcion tambien con el destino que ha de cumplir en la naturaleza, aquel estudiante ideaba el gran libro destinado á ser como el código fundamental de la nueva idea. Surge Savonarola en edad de iniciacion y tiene todos los caracteres del Profeta, como si habitara los desiertos y viviera en Jerusalem. Surge Lutero en edad de combate y parece uno de los Macabeos segun sabe blandir la espada en los aires y abrir los surcos para el nuevo pensamiento en la conciencia. Pero Calvino llega en el momento en que la Iglesia nueva necesita una organizacion y por consecuencia tiene las cualidades todas del organizador. Piensa con reflexiva madurez, y legisla con majestuosa serenidad.

Al poco tiempo de hallarse recluso en la Biblioteca de Tillet, sintió necesidad imprescindible del aire puro y de las vivificantes campiñas. Corazon como el suyo no podia confundirse con los pergaminos empolvados de una estantería ni resignarse á la vida aprisionada en austero palacio. Así, poco á poco, burlando el temor que le inspiraban las crueles persecuciones del Parlamento parisiense, iba por los alrededores de Angulema como el pajarillo que se arriesga, trémulo de regocijo, á revolotear en torno de la humilde vivienda que á sus alas plegadas le ofreciera el patrio nido. Una viña, propiedad de Tillet, plantada cerca de Angulema, servia de término á sus paseos

diarios y de solaz á sus espirituales expansiones. Al mismo tiempo en el hospitalario palacio enseñaba el griego á sus jóvenes huéspedes y les leia en su original redaccion y lengua los Santos Evangelios. De Angulema solian irse al vecino pueblo de Claix, donde uno de los Tillets desempeñaba el beneficio de un curato adscrito á su familia. Todo el mundo ignoraba quién era el jovencillo de mirar profundo, de sonrisa dulce, de estatura corta, de color pálida, de complexion seca, de timidez femenil, de gravedad profunda que acompañaba en sus cargas evangélicas al jóven rector de Claix y le infundia una gran parte de su virtud y de su ciencia. Ignorando el nombre de tan extraño huésped, llamábanle á una el gréculo por su ciencia en la lengua helénica y le circuian para recoger de sus labios algunas palabras, sin advertir las innovaciones misteriosas que su genio traia por necesidad al seno de la Iglesia. Nadie reconociera en aquella figura humilde ni en aquel porte sencillo, ni en aquella natural modestia ni en la vulgar rectitud ni en el cordial afecto, la fuste de un reformador y de un revolucionario destinado á cambiar la faz entera del espíritu. Nada en él de las imágenes deslumbradoras, de los contrastes bruscos, de las salidas sublimes, de las gracias grotescas, de las comparaciones increíbles, de los arrobos místicos, de los sarcasmos crueles, de los combates trágicos que forman la colosal figura del titánico Lutero: una igualdad de carácter, una paz de ánimo, una fluidez de palabra, una correccion de forma, componen la complexion intelectual de Calvino y lo llaman mas que á sostener un combate á organizar una victoria.

Parecia por aquel tiempo destinado á brillar tan solo en sociedades reducidas y estrechas. Aquel océano de grandes pensamientos que llevaba en su mente cabia dentro del cáliz de un cura de aldea. Diríase que á sabiendas y con deliberacion evitaba toda responsabilidad, como si temiese la desmedida grandeza de su obra. Un discurso suyo se habia leído en la Universidad, pero por boca de otro. Cartas suyas corrian á la sazón por todo el territorio de Angulema, pero sin firma y de consiguiente sin autoridad personal. A mayor abundamiento, aquellos que le oian disertar con tanta novedad de idea y tanta unción de palabra sobre la virtud redentora de la vida y de la enseñanza del Salvador, conjurábanle á que redactase sus escritos en latin y los dirigiese á escaso número de fieles, cuidando de que pertenecieran al

gremio eclesiástico. Por consecuencia, la obra de Calvino parecíase á la modesta semilla que un ave puede llevar en su pico y que á pesar de su brevedad y de su pequeñez contiene secular y majestuoso árbol, de raíces que se agarran á las entrañas del planeta y de ramas que se alzan á la excelsitud de los cielos.

Deseoso el profeta en su vocacion apostólica de recorrer nuevas tierras é iluminar nuevas almas, encaminóse con su correligionario y camarada el canónigo Tillet á la ciudad de Nerac. Llamábale allí el incentivo de la corte, que presidía con su talento y con su gracia Margarita de Navarra, la cual dejara su residencia de Paris por no poder llevar con resignacion el catolicismo intolerante y la etiqueta triste del Louvre, ocupado á la sazón por nuestra infanta y reina de Portugal Leonor, casada con Francisco I. Nerac, á pesar de su magnífico palacio gótico, aparecía en la vida un poco tormentosa de Margarita, como sitio agreste apropiado á un largo descanso. Tres ó cuatro literas, algunas damas de honor, varios literatos del Renacimiento, escasa escolta, menos servidumbre, comidas sin aparato, vestiduras sin ornamento, daban á la corte navarra un aspecto agreste, saludable al ánimo embargado con las grandes ideas religiosas. Así, los historiadores de aquel tiempo, hablando á manera de idilio, decían que todos cuantos ansiaban beber el jugo de la nueva idea iban en torno de la Reina de Navarra como las abejas sedientas de olorosos jugos van en torno del perfumado tomillo. Véanse descollando entre aquellos grandes nombres Lefebre y Roussel á quienes Calvino buscaba en la inquietud de su apostolado y en la necesidad sentida por su alma de una vivaz propaganda. Pero los doctores de la corte distinguíanse por un estado natural de ánimo semejante al estado de su protectora Margarita. Esta, bien que protestante por su corazón y por su conciencia, debía guardar grandes consideraciones al rey Francisco I y á su propio esposo el de Navarra. Por consiguiente, dentro de los cánones eclesiásticos, dentro de la liturgia católica, dentro de la tradicion ortodoxa querían las dos grandes almas, luminarias espléndidas del cielo navarro, una revolucion radical con todas las apariencias de una reforma premeditada y madura. Calvino que á la sazón llegaba á la mayor edad, sentía la nueva fe de bien diversa suerte que los doctores cortesanos. Para él, necesitábase una

renovacion del espíritu elevado sobre todas las antiguas formas y sobre todas las tradiciones canónicas. El cristiano debía comunicarse con Cristo, pero no por la misa, espectáculo de supersticion, no por la Eucaristía, fórmula de magia, por algo mas vivo y mas espiritual, por las ideas reveladas y contenidas en las sublimes páginas del Evangelio. Oíanle con verdadero entusiasmo los lectores de la Reina Margarita, amábanle con verdadero y puro amor del espíritu. Mas no seguían una tan radical enseñanza obligados por la posición difícil en que se hallaban á conciliaciones y á componendas.

En verdad que la Reina Margarita necesitaba de todo su ingenio y de toda su delicadeza para propagar el Evangelio en medio de tantas sirtes como la circuían y de tantos abismos como se ocultaban á su paso tras alfombras de mentidas flores. No solamente los amigos del Rey su hermano la celaban, sino también los amigos del Rey su esposo. Este, de complexion violenta, de mal humor continuo, de brutales salidas, llegó un día en arrebato de rabia indisculpable, á darle un bofetón, puesto el guantelete férreo, en la sonrosada mejilla. La Reina, sin embargo, consagraba todo su sér al nuevo culto. El hermoso castillo de Pau aun guarda en sus cincelados muros la sombra poética de aquella mujer extraordinaria. A la vista de las ondulantes colinas sombreadas de árboles que bajan de los blancos ventisqueros á los profundos valles alegrados por el serpenteo de los arroyos y de los ríos, entre las flores de jardines colgantes como los jardines babilónicos, al borde oscuro de los abismos, en ríscosas breñas, al reflejo de las nieves diamantinas que coronan los altos Pirineos, á la sombra de las torres feudales y góticas, Margarita departía con católicos y protestantes sobre la libertad y la gracia, recitaba capítulos enteros del Evangelio, reunía gentes piadosas en comuniones donde se daba sin distincion alguna el pan con el vino á sacerdotes y á laicos; difundía las doctrinas de la revolucion universal que iba por su virtud creadora y por su poder moral á producir como un nuevo espíritu en el humano linaje.

Calvino, disgustado profundamente de las conciliaciones sufridas en Nerac y Pau con la supersticion y el error, partióse á Poitiers en busca de mayor escenario á su actividad y á su propaganda. Pasaban los últimos días del mes de marzo en 1534. Los campos de Poitiers brillaban á sus ojos con